

EL PROYECTO SUNRISE: UNA PROPUESTA DE VIVIENDA SOCIAL SOSTENIBLE

Editado por Elena Marco

Un proyecto de Felden Clegg Bradley Studios con la colaboración de Ortiz León
Arquitectos

INTRODUCCIÓN:

Clima de normalidad

Carlos Verdaguer

Isabela Velázquez

Durante mucho tiempo, hablar de arquitectura o urbanismo ecológicos despertaba en el oyente más o menos informado imágenes exóticas de viviendas unifamiliares equipadas con todo tipo de conspicuos artilugios destinados a captar el viento y el sol y generalmente abrazadas por invernaderos profusamente acristalados. La tersa y negra superficie de un imponente muro captador tipo Trombe solía completar esta imagen surgida directamente de las páginas de la prensa ecológica o alternativa norteamericana, inglesa o alemana de la época en las que se reflejaban aquellas experiencias pioneras propiciadas por las primeras crisis del petróleo

De hecho, son estas experiencias llevadas a cabo con enorme entusiasmo, energía y visión de futuro en plena eclosión del movimiento ecologista por pioneros como Amory Lovins o el matrimonio Vale, entre muchos otros, las que forman el sustrato de todo el cuerpo de reflexiones y prácticas de lo que ahora se agrupa bajo el término paraguas y ambivalente de sostenibilidad. Si ellas, no sería concebible tampoco toda la normativa internacional que actualmente trata del medio ambiente urbano ni muchas de las reflexiones que ya se dan por sentadas en los ámbitos académicos.

Sin embargo, en su momento, aquellas visiones se situaban a contracorriente de toda la reflexión urbanística y arquitectónica de la época, especialmente la europea, fuera cual fuera su adscripción ideológica. Aunque las crisis energéticas de mediados y finales de los setenta habían venido a atemperar el optimismo tecnológico y la confianza en el mercado de unos y la fe en el cambio social radical propiciada por el mayo del 68 de otros, el aparato teórico práctico seguía girando básicamente en torno a los mismos temas que a finales de la década anterior: la enésima revisión de los postulados funcionalistas, las disquisiciones morfo-tipológicas en torno al tejido urbano, el debate entre las formas cultas y formas populares, las técnicas de gestión y política del suelo... En el ámbito de la vivienda social, por otra parte, nadie ponía en duda la necesidad de seguir incrementando la oferta ya fuera desde el sector público o el privado. Pero, entre otras, la necesidad de incorporar criterios energéticos al sector de la construcción sólo seguía preocupando a aquellos excéntricos pioneros.

La superación transitoria de la crisis energética dio al traste incluso con los tímidos avances que se habían producido al respecto en el campo de la movilidad urbana y el coche volvió a adueñarse alegremente de las ciudades, mientras la máquina de producir

volvía a ponerse en marcha a pleno rendimiento en los años ochenta, bien lubricada por la afluencia de petrodólares, contribuyendo a agigantar la sima entre norte y sur. En el ámbito de la arquitectura, la explosión posmoderna sirvió de excusa para situar en primer plano las indagaciones formales, abriendo las puertas de par en par para la fiebre manierista de las dos décadas siguientes, olvidada con alivio cualquier otra preocupación.

Afortunadamente, mientras tanto las reflexiones y experiencias en torno a la arquitectura y el urbanismo ecológico habían ido madurando imparablemente, aunque siempre a contracorriente: las primeras tendencias fundamentalmente anti-urbanas del ecologismo habían comenzado a confrontarse y luego hibridarse con las reflexiones sobre el potencial de convivencialidad del espacio público urbano, la compacidad y la mezcla de usos, surgidas todas ellas del urbanismo crítico. Ello dio lugar a un discurso del que acabó emergiendo el concepto actual de sostenibilidad urbana, con posteriores hitos institucionales como el Libro Verde sobre el Medio Ambiente Urbano. Las indagaciones sobre el clima y la energía entraron a formar parte así de la reflexión en el ámbito urbano. A este respecto y a la hora de hablar de pioneros en nuestro país, es absolutamente imprescindible hacer referencia a la figura de Fernando Ramón Moliner, autor, entre otra obra ingente y rigurosa volcada en el diseño urbano ecológico en su sentido más amplio, del primer manual para el cálculo del soleamiento urbano realizado nunca en España y sin el cual, entre otras cosas, no existiría la normativa de habitabilidad que se ha aplicado en el Ensanche de Vallecas.

El resto de la historia es conocida y podemos hacerla avanzar rápidamente hasta el presente: mientras la máquina seguía produciendo sin parar, las consecuencias globales en el ámbito del medio ambiente se hacían cada vez más palpables y dramáticas a lo largo de la siguiente década. Lo que hasta el momento habían parecido vagas amenazas, comenzaba a situarse en las agendas políticas y aparecer en forma de realidad cotidiana en las primeras planas de los periódicos. La cumbre de río de 1992, supuso el punto de inflexión a partir del cual el paradigma de la sostenibilidad, cuyas bases se venían construyendo desde finales de los años 50, comenzó a adquirir categoría institucional.

Siempre a la zaga, el mundo de la arquitectura ha tardado casi una década más en incorporar de forma decidida este enfoque a una caja de herramientas en la que la sobreabundancia de instrumentos pensados exclusivamente para la indagación estética ya casi no dejaba sitio para nada más. Y, como es natural, esa misma abundancia ha llevado a que la aproximación inicial haya sido fundamentalmente desde la óptica formal.

En efecto, lejos ya de aquellas primeras imágenes algo ingenuas e hirsutas a las que hacíamos referencia al iniciar esta introducción, las imágenes que vienen ahora a la mente al *connoisseur* son etéreas infografías llenas de transparencias en verde, relucientes superficies metálicas de enorme sofisticación tecnológica y aparente ligereza y delicados diagramas de flujos con sutiles soles viajeros y azules flechas que simbolizan el curso caprichoso de las brisas. Valga como brillante ejemplo de esta hiper-expresividad ecológica cada vez más de moda la, por otra parte, sumamente interesante, propuesta de Ecobulevar asociada a la Estrategia Ecovalle en la que se integra el proyecto objeto del presente libro.

No cabe duda de que es preciso felicitar por lo que significa esta eclosión aunque por el momento sea eminentemente formal, pero quienes esto firman, ante el proyecto de edificio Sunrise, nos sentimos mucho más inclinados a congratularnos justo por lo contrario. En efecto, si algo merece reseñarse en primer lugar es el hecho de que, en este edificio, al margen de sus cualidades formales, que no son objeto del presente texto, nada expresa de forma llamativa su condición de edificio ecológico. Esta condición, por el contrario, se hace visible sólo al entrar en el estudio detallado del mismo, al conocer los criterios empleados en la elección de materiales, al estudiar la disposición de sus plantas y fachadas, al entender sus mecanismos sutiles de protección solar y, claro está, al visitarlo y conocer, entre otros aspectos, los sistemas a los que se ha recurrido para gestionar su funcionamiento energético. En suma, lo que llama la atención de este edificio ecológico es precisamente su voluntad de integración en el tejido existente y, en suma, su normalidad.

Naturalmente, algunos de los aspectos reseñados pueden tener todavía la condición de experimentales, de elementos de prototipo, y será preciso buscar la forma de evaluarlos y monitorizarlos, algo fundamental desde la óptica de la sostenibilidad urbana y de lo cual depende todo futuro desarrollo. Otros aspectos, sin embargo, no admiten duda ningunas y sobresalen por su evidencia casi estruendosa: es el caso de la condición pasante de las viviendas y de la orientación de sus espacios vivideros en función del soleamiento, huyendo de la sempiterna y absurda doble simetría que parecía consustancial a la tipología de manzana cerrada. Lo mismo puede decirse del tratamiento diferenciado de las fachadas en función de la orientación. La evidencia comprobada desde hace tiempo de estas soluciones desde la óptica de la eficacia energética y la habitabilidad hace inevitable preguntarse si no deberían haberse sustraído en esta ocasión del ámbito de lo experimental a pequeña escala para extenderlas a la totalidad de la ordenación, contribuyendo así a consolidar e impulsar aún más esta vía de normalidad.

En cualquier caso, tal como hemos tratado de hacer ver en la primera parte de este texto, esta voluntad de normalidad, que cabe achacar y por la que cabe felicitar a todos los implicados en el proyecto, no es accidental, sino otro resultado de una línea de indagación que se remonta a hace medio siglo y que ha ido madurando y enriqueciéndose a lo largo del tiempo hasta formar un innovador cuerpo disciplinar al que ya se deben muchas certezas que es necesario aplicar ya a gran escala. Entre ellas, no es la menos importante la constatación de que el suelo también es un recurso escaso, y de que la regeneración ecológica del tejido urbano existente debe ser prioritaria frente a los nuevos desarrollos.

No cabe duda de que, al margen de estas certezas, son muchas las vías que quedan por indagar y experimentar en el ámbito de la arquitectura y el urbanismo ecológico y aún más al aplicar este enfoque al campo de la vivienda, en un marco global de crisis ambiental y en un escenario local como el actual de crisis económica, sobredimensionamiento del parque existente y problemas de ajuste entre la oferta y la demanda. Todas ellas suponen retos a la vez apasionantes y urgentes. Y todas ellas, con seguridad, también admiten soluciones desde el sentido común y la normalidad.

Carlos Verdaguer
Isabela Velázquez

Madrid, 20 de julio de 2008